

monumentos artísticos; la tierra volvía á retroceder á la primitiva barbarie, y los nombres que se libraban de aquella catástrofe tenían que volver á principiar como los primeros habitantes del globo una nueva carrera, pasando lentamente por todos los grados por donde fueron avanzando sus antecesores. Apagada la antorcha de las ciencias, era muy costoso volver á encontrar el foco de luz en donde volver á reanimarla, y no había mas remedio que esperar la aparición de algun genio creador que volviera á encenderla, bien así como la lámpara de Vesta que una vez apagada no podía encenderse sino á los rayos del fuego solar. ¡Qué enorme diferencia en los tiempos actuales! A nadie le es dado calcular la altura á que la sociedad puede elevarse en un tiempo en que nada se pierde, en que nada puede perderse: ¿No es esto por ventura caminar hácia lo infinito?

A primera vista parece que yo destruyo en este capítulo lo que he dicho en el anterior, pues ¿qué aplicación podrá hacerse de los tiempos pasados á los modernos existiendo tan notables diferencias entre ambos? (a) Es indudable que á muchos lectores deslumbrará ese sistema de perfección á que vamos llegando. Si fuera ocasión de entrar en la discusión de una tan interesante materia no me sería difícil probar, que nuestra posición es en realidad la misma que la de los pueblos antiguos, por lo tocante á los resultados, y que hemos perdido en costumbres lo que hemos ganado en instrucción. No parece sino que la providencia ha establecido tal equilibrio entre ambas cosas y que no puede enaltecerse la una sin menoscabo de la otra, como si de su consonancia estuviese destinada á prevenir la perfección de la humana raza. Es también muy cierto que de las luces no nace directamente la virtud; pues puede muy bien darse el caso de que un gran moralista sea un malvado. Queda por lo tanto la cuestión de felicidad en igual proporción respecto de los pueblos antiguos y modernos, pues no es posible que exista sino en donde puede presentarse asociada á la pureza del alma. Eso mismo diremos por lo tocante á los buenos resultados que puedan esperarse de la revolución actual si por mas alto que sea el grado de nuestras luces, no ha llegado el espíritu á obrar directamente sobre el corazón. Por otra parte, ¿que ciencia nos enseñará el secreto de cambiar la naturaleza del alma? ¿Qué palabras desarraigaran los pesares de este suelo surcado por ellos en todas direcciones? Si el hombre á despecho de su filosofía está condenado á vivir con sus deseos, nunca podrá redimirse de su esclavitud, nunca dejará de parecerse al nombre del dolor de los tiempos pasados, al hombre del angustioso momento en que escribo esta página, y al hombre de los nuevos siglos de miserias que vendrán en lo sucesivo. Cuando el Ser Omnipotente que tiene en su mano el corazón de los hombres, ha querido en la inmensidad de sus juicios comprimir el resorte de la humana felicidad, nada importa que para mayor confusión haya dejado que sus gigantescas cabezas se hayan elevado casi á la altura de las esferas que ruedan por el espacio. Si el corazón no puede perfeccionarse, si la moral no alcanza á salir del estado de corrupción ni aun con el auxilio de las luces, en ese caso adios planes de república universal, adios fraternidad de las naciones, adios paz general, adios deslumbrador fantasma de una felicidad duradera sobre este suelo! (b).

(a) Así es efectivamente. La sutileza con que intento volver á entrar en mi nuevo sistema no es admisible. Mi buen sentido y mi amor á la verdad prevalecían sobre los sueños de mi imaginación. (N. ED.)

(b) No falta un principio de verdad en todo eso. Los que hayan leído mis obras podrán observar que este Ensayo es por decirlo así la mina de donde he sacado las ideas diseminadas en mis demás escritos. Mas siendo el hombre infinito como realmente lo es por lo tocante á su espíritu, nada pue-

de impedir que su inteligencia siga perfeccionándose constantemente. No puede por consiguiente la ciencia política, que en los pueblos antiguos perteneció al orden intelectual, así como entre los modernos se deriva del orden moral, ser contenida en sus progresos por una corrupción que no tiene poder sobre ella. (N. ED.)

(c) ¡Siempre el mismo, creyendo, y queriendo dudar. Por una debilidad de amor paternal casi he estado á punto de perdonarme esas frases. (N. ED.)

CAPITULO LXIX.

RECAPITULACION.

Acabo de demostrar la acción inmediata de la revolución republicana del Atica sobre la Persia. Hemos visto que insurrección por el resorte de sus opiniones los pueblos sometidos á aquel imperio, envolviéndolo en una guerra funesta que costó la vida á millones de hombres, sin que los pueblos adelanta-

ran mucho en dicha ni en libertad. Ciertamente es que la corte de Suza fue humillada; pero pudo llamarse por eso mas dichosa la Grecia? ¿No se dejó corromper por sus victorias? ¿No fueron los vicios y por último la esclavitud el resultado de aquellas acciones, al parecer tan gloriosas?

Por lo relativo al efecto remoto que en el imperio de Ciro produjo la caída de la monarquía en Atenas, nadie ignora el nombre de Alejandro, ni la conquista del Asia.

Recapitemos en breves palabras las diversas influencias ejercidas en las naciones contemporáneas por el establecimiento del gobierno popular en Grecia. De la suma de estos datos deben nacer las verdades que constituyen el objeto de nuestras investigaciones en este Ensayo.

La revolución republicana de Grecia influyó:

Sobre el Egipto.

por medio de las armas. Produjo algunas calamidades pasajeras y no pudo enseñorearse de la opinión, porque la subdivisión de clases de la sociedad y el sistema teocrático eran dificultades insuperables.

Sobre Cartago,

que era todavía un pueblo guerrero. La situación topográfica y la excelencia del gobierno púnico le salvaron del peligro de las innovaciones y del contagio del ejemplo.

En Iberia,

la reacción de las turbulencias del Atica no causó mas que desgracias. Es verosímil que el esclavo en el fondo de las minas pagó con sus lágrimas y sudores la libertad de Atenas.

En los Celtas,

divulgó las luces y por consiguiente la corrupción (a). Fue también causa remota de la esclavitud de esos pueblos, contribuyendo á que los Romanos los conquistaran fácilmente.

En Italia,

el establecimiento de las repúblicas griegas propendió hácia la política. No es tampoco imposible que hubiese contribuido á la revolución producida por Junio Bruto por la razón de haber ocurrido el viaje de ese grande hombre á Delfos casi en el momento en que Hiparco era asesinado por Harmodio. No despreciarán esta conjetura los que saben con cuánta facilidad nacen tal vez los mas atrevidos proyectos de las causas mas triviales (1).

En la grande Grecia,

la revolución, cuyos efectos estamos investigando, influyó en la moral y dió margen á varias reformas útiles, pero transitorias.

En Sicilia,

desarrolló la guerra y la monarquía: la una fue de corta duración, pero la otra costó por espacio de mucho tiempo lágrimas y sangre siracusana.

En Escitia,

obró filosóficamente en sentido vicioso: los pobres y virtuosos pastores del Danubio se dejaron sobornar por el halago de las ciencias, y al último fueron dominados por el del oro.

En la Tracia,

no causó mas que algunas desolaciones, librándose

(a) Aquí habla del discípulo de Rousseau. (N. ED.)

(1) La caída de una manzana reveló á Newton el sistema del universo.

aquellos pueblos por su barbarie de los efectos políticos y morales de la revolución republicana.

Finalmente Tiro

pudo evadirse de la influencia armada de la revolución, siendo la causa que la libró del contagio el espíritu mercantil y laborioso de sus ciudadanos.

Hemos hablado de la Persia en el principio de este capítulo. El lector al recorrer esta escala habrá indudablemente deducido lleno de admiración la verdad que resulta de sus detalles. ¿Esa revolución tan ponderada, esa revolución que mereció serlo, esa revolución toda virtud y toda verdadera libertad, no produjo pues en último resultado, exceptuando Roma y la grande Grecia, sino calamidades en todos los demás pueblos? ¿Pues qué? ¿No podrá un pueblo adquirir su libertad sino á expensas del resto de los hombres? ¿Será por ventura el mal la reacción del bien? ¿No presentará, considerada bajo este punto de vista la historia, una nueva perspectiva? ¿No penetra un rayo de luz en la lobreguez de las cosas, manifestando el recíproco enlace de los pueblos? Si los griegos del tiempo de Aristides, al romper sus cadenas, no causaron sino males al género humano, ¿qué se podrá razonablemente esperar (dejando el sistema de perfección aparte) de la influencia de la revolución francesa? ¿Podremos creer que todo va á ser virtud y libertad por haberse unos corrompidos franceses complacido en cambiar un rey por cinco tiranos (b)? Córrase el velo del porvenir. Dejo al lector en el abismo de penosas reflexiones, dudas y conjeturas á que la consideración de lo que acabamos de decir le habrá conducido.

CAPITULO LXX.

ASUNTOS Y REFLEXIONES SUELTAS.

Después de haber recorrido una obra, quedan generalmente una multitud de pensamientos confusos é ideas incoherentes, las unas enlazadas intimamente con el asunto del libro, y las otras inspiradas por su lectura. Voy, pues, á presentar este efecto natural de una primera lectura, reproduciendo mis ideas sueltas en la forma que las he estampado en el papel, después de haber revisado el bosquejo de mi trabajo y añadiendo solamente los ligeros matices necesarios para armonizar el colorido. Sabido es que no hay pensamiento tan rudamente expresado, que mediante un poco de reflexión no revele algun enlace con otro anterior, y no pocas veces es un estudio altamente instructivo el investigar las ocultas afinidades que repentinamente se descubren entre dos ideas totalmente opuestas.

Al concebir por primera vez el plan de este libro, revisé los clásicos que me daban noticia de las revoluciones de la Grecia. A cada página se me presentaba un nuevo horizonte de reflexiones y de semejanzas. Después que conseguí bosquejar la revolución descrita en este primer libro del Ensayo, empecé á ver los objetos con algo mas de claridad, particularmente después que examiné la parte influyente de aquella revolución, parte enteramente nueva en la historia, y en la cual no me acierto á explicar por qué razón nadie ha pensado hasta el presente. Desprendiéndome de una multitud de pensamientos secundarios, confié al papel las notas siguientes que forman una especie de resultado de las verdades generales que pueden deducirse de la revolución republicana de Grecia.

(b) No deja de haber alguna parte de verdad en estas reflexiones; mas cuando se coloca la revolución particular de Francia en el movimiento del orden social, y en la revolución general que visiblemente va teniendo lugar en la especie humana, no indica sublimidad de miras ni prevision el reducir la revolución francesa al único hecho del sacrificio del rey legítimo, y al establecimiento de una usurpación. (N. ED.)

¿Existe una libertad civil? Lo dudo. ¿Los Griegos fueron mas dichosos? ¿Mejoraron despues de su revolucion? No. Cambiaron sus males de valor nominal, pero su valor intrínseco siempre fue el mismo.

Por mil esfuerzos que se hagan para penetrar en las causas de los trastornos de los Estados, siempre se echa de ver que hay algo que se escapa á la investigación, un no sé qué oculto en no sé donde que al parecer es la razon eficiente de todas las revoluciones. Esta razon misteriosa inquieta tanto mas al investigador, cuanto que la ve desaparecer en el hombre de la sociedad. ¿Mas este por ventura no fue anteriormente el hombre de la naturaleza? Luego á este es á quien se deberá interrogar. ¿Nacerá tal vez ese desconocido principio de aquella vaga inquietud propia

de nuestro corazon, por la cual nos disgustamos igualmente del bien que del mal, y será ella la que nos irá impeliendo de revolucion en revolucion hasta el fin de los siglos? Mas aun siendo asi, ¿cuál será la causa de donde esa inquietud se deriva? No lo sé: tal vez de la conciencia de otra vida; tal vez de una aspiracion hácia la divinidad. ¿Quién podrá decirlo? Pero lo cierto es que existe en todos los pueblos, lo mismo entre los salvajes que entre los pueblos civilizados: cierto es tambien que se aumenta particularmente por las malas costumbres, y llega hasta el punto de causar la ruina de los imperios.

En las causas de la revolucion francesa encuentro una prueba muy manifiesta de esa inquietud. Esencialmente se han diferenciado esas causas de las que



EL PRIMER NAVEGANTE.

ocasionaron las revoluciones políticas de la Grecia en el siglo de Solon. No se ve que los atenienses fuesen muy desgraciados, ni estuvieran muy corrompidos en aquella época. ¿Pero cuál era la moralidad de la Francia en 1789? ¿Podía nadie tener esperanza de librarse de una espantosa destruccion? No hablaré del gobierno: solamente haré observar que donde quiera que por espacio de muchos años se concentran el poder y las riquezas en un reducido número de hombres, cualquiera que sea su origen, plebeyo ó patricio, y el manto con que se encubran republicano ó monárquico, necesariamente llegaran á corromperse en la misma progresion en que se alejaron del primer término de su institucion. En semejante caso cada hombre de aquellos, ademas de sus vicios particulares, tiene los vicios de sus antecesores. De aquí nace aquel continuo cambio de sistemas, de proyectos y de intenciones. Aquellos enanos políticos iban acompañados de una hambrienta comitiva de lacayos, de aduladores, de farsantes y de cortesanas. Todos esos seres de efimera existencia se daban prisa á devorar la sustancia del pobre antes de que llegara el momento

de su transformacion en otra clase de insectos no menos caducos y ávidos que ellos.

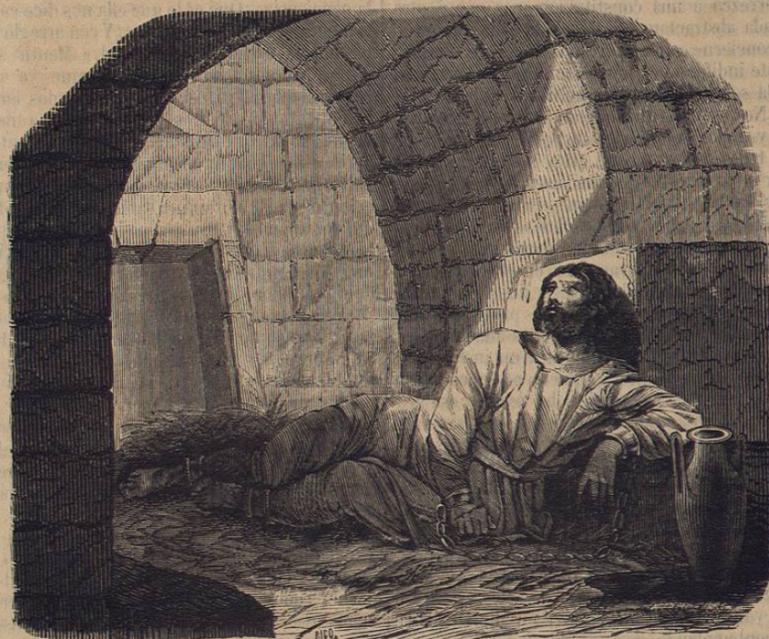
En tanto que las locuras é imbecilidades del gobierno exasperaban el espíritu del pueblo, los desórdenes en el estado moral habian llegado á su apogeo, y conmovian el orden social de un modo espantoso. El celibato habia adquirido desmesuradas proporciones aun entre los individuos de la última clase del pueblo. Aquellos hombres aislados y por consiguiente egoistas, trataban de llenar el vacío de su existencia turbando las familias de los demás. ¡Ay del Estado cuyos ciudadanos buscan la felicidad fuera de la moral y de los mas tiernos afectos de la naturaleza! Si por una parte habia ido creciendo el número de los celibatos, por la otra las personas casadas habian adoptado ideas no menos disolventes de la sociedad. El principio de considerar como un bien el tener pocos hijos, habia sido adoptado casi generalmente en todas las ciudades de Francia, en algunos matrimonios por miseria, y en el mayor número por la relajacion de costumbres. No es fácil que unos padres sumidos en el egoismo se avengan á sacrificar las comodidades de la vida para educar

una numerosa familia; y este amor de sí mismo solia justificarse con apariencias de filosofía. Unos decian: ¿Para qué hemos de dar vida á unos seres que necesariamente seran desgraciados? ¿Para qué hemos de aumentar el número de los pordioseros? exclamaban otros. Dejo cubiertos con un velo los demás motivos secretos de semejante depravacion. Nada diré de las mujeres; pues siendo mejores que nosotros, no tienen mas falta sino la de ser lo que nosotros queremos que sean: nuestra es la culpa.

Si tales costumbres afectaban á la sociedad en general, aun influian mucho mas sobre cada individuo en particular. No encontrando el hombre su felicidad en los lazos de la familia, y desconfiando no pocas veces hasta del dulce nombre de padre, se acostumbró á crearse una felicidad independiente de la de los demás. Rechazado del seno de la naturaleza por las

costumbres de su siglo, se encerraba en un frio egoismo que destruía hasta las raíces de la virtud. Por colmo de males una atroz filosofía, al arrebatarle su felicidad sobre la tierra, le habia hecho perder su esperanza en la otra vida. En tal situacion, hallándose aislado en medio del universo, no teniendo por alimento mas que un corazon vacío y solitario, que nunca habia experimentado los latidos de otro: ¿qué maravilla es que el hombre estuviera pronto á lanzarse tras del primer fantasma que le prometiera llevarle un nuevo universo?

Se dirá que es un absurdo el representar al pueblo francés en tal grado de infelicidad y aislamiento; que lejos de eso se hallaba en un estado floreciente, numeroso, etc. El estado de poblacion que por de pronto parece destruir mi aserto, no hace en realidad mas que corroborarlo, pues no era efectivo sino en la clase agri-



MILSADE MUERE EN LA PRISION.

cola, porque en ella se conservaban aun las antiguas costumbres: sabido es que no fueron los aldeanos los que consumaron la revolucion. Por lo tocante al estado de prosperidad contestaremos que no se trata de lo que la nacion parecia ser, sino de lo que era en realidad. Los que en el Estado no ven mas que coches, ciudades populosas, tropas, aparato y ruido, tienen razon de decir que la Francia se hallaba en una próspera situacion. Empero los que creen que la gran cuestion de la felicidad está lo mas cerca posible de la naturaleza; que cuanto mas se desvie de esta tanto mas se precipita en el infortunio, y que entonces en vano es tener la sonrisa en los labios delante de los hombres, porque el corazon á despecho de esos placeres ficticios permanece agitado, triste y consumido en el secreto de la vida; los que opinen de este modo no podran menos de convenir en que aquel disgusto general de sí mismo que aumenta la inquietud secreta de que ya he hablado, y aquel sentimiento de mal estar que cada individuo lleva en sí mismo, son en un pueblo la situacion mas favorable para una revolucion.

¿Pues bien! en el momento que el cuerpo político todo lleno de manchas de la corrupcion, iba á caer en una disolucion general, se levantó repentinamente una raza de hombres, y llevados de su vértigo quisieron que resonáran en Francia la hora de Esparta y la de Atenas. En el acto resonó un grito de libertad; el viejo Júpiter al despertar de un sueño de mil y quinientos años, se admiró de verse proclamado en Santa Genoveva. Cubren la cabeza de un bausan de París con el gorro de ciudadano de la Laconia, y revistiéndole á pesar de sus vicios y sus defectos con las sublimes virtudes de la Lacedemonia, le hacen representar en esa pantomima el papel de payaso á los ojos de Europa.

¡Oh sublimes políticos que caminando á la inversa de Licurgo pretendéis establecer la democracia cuando todas las naciones retroceden por la naturaleza de las cosas á la monarquía, es decir, á la época de la corrupcion! ¡Oh célebres filósofos que creéis que la libertad existe en lo civil, que preferís el número cinco á la unidad, y que imagináis ser mas felices bajo la canalla del barrio de San Antonio que bajo la de los

empleados de Versalles!—¿Mas qué es lo que se debía haber hecho? Lo ignoro. No sé mas sino que puesto que os sentiais acosados del furor de destruir, debiais haber pensado en levantar un edificio que fuese digna habitacion de franceses, y sobre todo que debiais haber tratado de libraros del entusiasmo hácia las instituciones extranjeras. El peligro de la innovacion es terrible; rara vez conviene á un pueblo lo que es bueno para otro. Tambien yo quisiera pasar mis dias bajo una democracia tal cual muchas veces me la he imaginado, considerándola como el mas sublime de los gobiernos en teoría, y tambien yo he vivido como ciudadano de Italia y de Grecia: tal vez mis opiniones actuales no son mas que el triunfo de la razon sobre mis inclinaciones. Pero empeñarse en establecer repúblicas en todas partes y á pesar de todos los obstáculos, es un absurdo en la boca de muchos, y una maldad en la de algunos.

He reflexionado largo tiempo sobre este particular, y no aborrezco á una constitucion mas que á otra considerada abstractamente. Tomada cada una en lo que me concierne como individuo, todas me son perfectamente indiferentes: mis costumbres son mas propias de la soledad que de los hombres. ¡Ah, desgraciados! ¡Nos estamos atormentando por un gobierno perfecto y todos somos viciosos! ¡Por un gobierno bueno y todos somos malos! ¡Hoy nos estamos agitando por un vano sistema, y mañana habremos dejado de existir! De los sesenta años que el cielo tal vez nos ha concedido para arrastrarnos sobre este globo, gastamos veinte en nacer, veinte en morir, y la mitad de los otros veinte se desvanecerá en el sueño. ¿Tememos que las miserias inherentes á nuestra naturaleza de hombre, no sean suficientes para llenar ese breve espacio y para aumentarlas, les añadimos los males de la opinion? ¿Es por ventura un instinto indeterminado, un vacío interior que no podemos llenar el que nos tortura? Yo tambien he sentido esa sed vaga de alguna cosa. Ella es la que me ha arrastrado por las silenciosas soledades de América y por las bulliciosas poblaciones de Europa; para satisfacerla me he abismado en la profundidad de los bosques del Canadá, y entre la multitud que hormiguea en los templos y jardines europeos. ¡Cuántas veces me ha hecho abandonar el espectáculo de nuestras ciudades para ir lejos á contemplar el ocaso del sol desde algun sitio salvaje! ¡Cuántas veces he huído de la sociedad de los hombres, y he permanecido inmóvil en alguna playa solitaria contemplando por espacio de horas enteras con esa misma inquietud el cuadro filosófico del mar! Esa sed me ha hecho seguir en torno de sus palacios y de sus espléndidas cacerías á esos reyes que dejan en pos de si una larga celebridad, y por ella me he sentado tambien silencioso en la puerta de la cabaña hospitalaria junto al salvaje cuya vida pasa tan ignorada como los rios sin nombre que corren por sus desiertos. Hombre, si tu destino es llevar do quiera que vayas, un corazón devorado por un deseo desconocido: si esa es tu enfermedad, aun te queda un recurso. Haz que las ciencias, esas hijas del cielo, llenen ese vacío fatal que tarde ó temprano te conducirá á la ruina. La calma de las noches te está invitando. ¿Ves esos millones de astros suspendidos por todas partes sobre tu cabeza? Investiga siguiendo los pasos de Newton las leyes ocultas que tan ordenadamente hacen girar esos globos de fuego al través de la azulada bóveda, si la divinidad toca tu corazón, medita y adora al ser incomprendible que con su inmensidad llena esos espacios sin limite. ¿Serán tal vez esos estudios demasiado sublimes para tu inteligencia, ó llegará acaso tu miseria hasta el punto de no tener esperanza en ese Padre de los afligidos que ha prometido consuelo á todos los que lloran? Otras ocupaciones hay no menos gratas, si bien no tan profundas. En vez de entretenerte con los odios de la sociedad, contem-

pla las pacíficas generaciones, las dulces simpatías y los amores del reino mas encantador de la naturaleza. En ese caso no te verás rodeado mas que de placeres. Por lo menos tendrás la ventaja de volver á encontrar cada mañana tus plantas queridas, en tanto que en el mundo, cuantos ¡Ah! hemos apretado sobre el corazón la mano de un amigo que al dia siguiente hemos buscado en vano! Vivimos en el mundo cual si asistiéramos á una comedia: cuando mas atentos estamos al espectáculo, suena el silbido y desaparecen los palacios encantados, quedando en su lugar decoraciones confusas y actores desconocidos.

Empero cualesquiera que sean vuestras ocupaciones, sea que nos vayamos envejeciendo en el taller del artesano, ó en el gabinete del filósofo, no perdamos de vista que no es vana nuestra pretension de ser libres en el orden político. Independencia individual ¡he aquí el grito que continuamente está resonando en nuestro interior. Préstemos atencion á esa voz de la conciencia. ¿Qué es lo que ella nos dice con arreglo á la naturaleza? «Sed libres.» ¿Y con arreglo á las inspiraciones sociales? «Dominad.» Mentir sería negarlo. No nos avergonzemos porque yo con mano temeraria arranque el velo con que nos empeñamos en cubrirnos á nuestros propios ojos. La libertad civil no es mas que un sueño, un sentimiento imaginario que no habita en nuestro seno: aprendamos á elevarnos á la altura de la verdad y á despreciar los axiomas de la mezquina sabiduría de los hombres. Tal vez nos insultaran por no habernos comprendido: los hombres honrados nos acusaran de principios perniciosos porque hemos ido á investigarlos en el fondo de su alma donde se imaginaban estar seguros y porque hemos puesto á la vista del público toda la pequeña máquina de su corazón. Riamonos del clamor de la multitud contentándonos con saber que en tanto que no volvamos á la vida del salvaje, constantemente tendremos que depender de algun hombre. ¿Qué importa, pues, que seamos devorados por una corte, por un directorio ó por una asamblea del pueblo?

Sin cesar tendremos que echar de ver que nos estamos engañando; que la hora presente está siempre acusando de error á la que acaba de pasar. ¿Iremos pues á atormentarnos á nosotros mismos y á nuestros semejantes por una opinion que dominando al principio el dia habrá desaparecido del todo al llegar la noche? Todo gobierno es un mal; todo gobierno es un yugo; mas abstengámonos de sacar la consecuencia de que es preciso romperlo.

Puesto que nuestro destino es un esclavo, soportemos sin murmurar nuestra cadena, y tratemos de acomodar los eslabones de ella, ya sean reyes, ya sean tribunales con el tiempo y sobre todo con nuestras costumbres. Estemos seguros, por mas que se diga que vale mas obedecer á uno de nuestros compatriotas rico é ilustrado, que á una multitud ignorante que nos abrumará con todas las calamidades.

Y vosotros ciudadanos ¡vosotros que gobernais esa patria siempre cara á mi corazón, reflexionad; ved si hay en toda Europa una nacion digna de la democracia! Devolved la felicidad de nuestra comun patria, devolviéndola á la monarquía hácia la cual os arrastra la fuerza de las cosas. Mas si persistís en vuestras quimeras, no os engañeis; tened entendido que nunca llegareis á realizarlas por medio del moderantismo. Ea execrables verdugos, objeto de horror de vuestros compatriotas, objeto de horror de toda la tierra, volved á poner en accion el sistema de los jacobinos: volved á dar movimiento á vuestras ensangrentadas guillotinas; y haciendo rodar cabezas en torno vuestro, ensayad establecer en la desierta Francia vuestra espantosa república como la paciencia de Shakespeare, «sentada sobre un sepulcro y sonriendo al dolor.» (a)

(a) He aquí uno de los capítulos mas extraños de toda la

LIBRO PRIMERO.

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO PRIMERO.

SEGUNDA REVOLUCION.—FILIPO Y ALEJANDRO.

CAMBIA la escena; de la semejanza de los sucesos pasamos á la de los hombres. Hasta el presente los cuadros se han parecido por lo tocante á las situaciones; pero los personajes casi siempre han sido diferentes entre sí. Ahora por el contrario, las afinidades aparecen en los grupos, y los contrastes en el fondo. Cuanto mas avanzamos hácia los tiempos de corrupcion, de lúces y de despotismo, tanto mas nos aproximaremos á nuestros tiempos y costumbres. Alguna vez nos creemos transportados á nuestras sociedades en medio de grandes mujeres, y pequeños hombres, de filósofos y de tiranos; personas roídas de vicios clamaran desafortadamente por la virtud; magníficos tratados acerca de la ciencia de la libertad, conducieran á los pueblos á la esclavitud, y por último, veremos que la multitud que nos rodea se compone en sus dos terceras partes y media de estúpidos y el resto de bribones. (a)

Pericles habia tomado la verdadera senda para llegar á la felicidad. Tratando al mundo como se merece, no presentaba, cuando la necesidad le obligaba á comparecer en él mas que ideas comunes y un corazón de hielo. Mas encerrándose por la noche con Aspasia y un reducido número de amigos íntimos les revelaba sus opiniones ocultas y un corazón de fuego. No tardaron los tontos en echar de ver el desprecio con que los miraba, pues hay que advertir que los tontos tienen un maravilloso tacto en lo tocante á este particular y que nada les ofende tanto como la indiferencia del desprecio. Acusaron pues á la tierna amiga de Pericles y este no pudo salvarla sino á fuerza de lá-

obra, y acaso uno de los pasajes mas extraordinarios que pueden haberse escapado á la pluma de ningún escritor: es una especie de lóbrega orgía de un corazón herido, de un espíritu enfermo, ó de una imaginacion que reproduce las fantasmas de que se ve obsediada ella misma, es la manera de Rousseau, de René y la expresion de un alma cansada, aburrida de todo. El autor aparece realista por desesperacion de no poder ser republicano, juzgando que la república es un hecho imposible: deduce atrevidamente las causas de una revolucion que en su concepto llegó á ser inevitable, y al mismo tiempo la ataca denodadamente. No contentándose con nada de lo pasado ni de lo presente, infiere que todo gobierno es un mal, que la libertad civil (quiere decir política), no existe; que todo se reduce á la independencia individual, y de aquí toma argumento para proponer la vida salvaje. No sabe cómo expresar todo lo que siente: crea un nuevo idioma; inventa las palabras mas bárbaras, y á otras no les da su acepcion natural. No parece sino que habiéndose sentado en la Tripode se ve atormentado por un númer maléfico: solo una cosa le queda en medio de ese delirio, el sentimiento religioso.

Habia tratado de refutar una por una las frases de que se compone este capítulo, pero no ha tardado en caerse la pluma de la mano. No me ha sido posible seguirme á mí mismo al través de ese caos: la locura de las ideas, la contradiccion de los sentimientos, la falsedad de las razones y el neologismo, reducen todo mi comentario á exclamaciones de dolor y de piedad. Por lo que he creído que valia mas condenarme de una vez al fin del capítulo y hacer penitencia con la cuerda al cuello por lo que he pecado contra el buen sentido. Pero despues de haberla hecho, debo tambien decir con la misma imparcialidad que en ese insensato capítulo se nota revela una inspiracion que sea de la naturaleza que quiera, no se vuelve á encontrar en ninguna de mis demás obras.

(N. ED.)

(a) ¡Bizarra manera de arreglar el mundo! (N. ED.)

grimas: sin embargo ¿quién era mas acreedor que él á la gratitud de sus conciudadanos? pero como profundo conocedor de los hombres fundaba muy pocas esperanzas en ella. La gratitud es nula entre los mas necesitados, porque el sentimiento de su propia necesidad absorbe todos sus afectos: existe alguna vez como virtud en el obrero pobre, pero no indigente: suele cambiarse en odio en el individuo colocado en la categoría inmediata á la del bienhechor; es un peso para los filósofos y no cabe en la memoria de los cortezanos. De aquí se infiere que es preciso hacer bien al infimo pueblo por deber, obligar al artesano por satisfacion del corazón, no tener mas que una extrema urbanidad respecto de la clase media, no prestar á los literatos sino lo que estrictamente pueden devolver, ni dar á los poderosos sino lo que pensabamos arrojar por la ventana (a).

A estas pequeñas caricaturas de nuestras sociedades acompañaran nuestras grandes escenas trágicas: la tiranía, las proscripciones, los reyes juzgados y sentenciados por los pueblos, y otros que han sido únicamente derrocados del trono y se han visto precisados á ganar el sustento con el trabajo de sus manos y por último nuestras abominables revoluciones con el acompañamiento de sus vicios.

Expliquemos el plan de esta parte de la obra.

Compréndese que es imposible seguir en ella el curso regular de la historia, ni aun adherirse á grandes detalles. Lo que nos falta pintar acerca de la historia griega se reduce á la parte que media desde la época que hemos descrito hasta el reinado de Filipo y Alejandro, en cuyo tiempo Atenas y Lacedemonia perdieron su libertad, sino de nombre, por lo menos de hecho.

En este período que contándolo desde el momento en que se hizo la paz con los persas hasta la batalla de Queronea, encierra un espacio de ciento once años, nos aprovecharemos únicamente de tres rasgos característicos: la caída de la constitucion y el reinado de los Treinta Tiranos en Atenas, la de Dionisio el Joven en Siracusa, y por ampliacion la sentencia de Agis en Esparta. Ese sistema nos facilitará el modo de ver la edad de corrupcion en las tres principales ciudades griegas del antiguo mundo. No haremos mas que indicar la revolucion de Filipo, porque no está directamente enlazada con el objeto de esta obra; pero al mismo tiempo nos extenderemos al hablar del siglo de Alejandro, cuyas relaciones con nuestra época, son bastante íntimas consideradas bajo el aspecto filosófico. Resta decir que en obsequio de la brevedad hemos dado á esta segunda parte del Ensayo el nombre general de Revolucion de Filipo y Alejandro.

CAPITULO II.

ATENAS.—LOS CUATROCIENTOS (1).

El Atica aparece desolada por veinte años de guerras; (2) la peste, no menos destructora, ha arrebatado la mayor parte de sus habitantes, y los que han sobrevivido estan encenagados en todos los vicios. Pericles ya no existe: Alcibiades, fugitivo desde la des-

(a) ¡Singular ilacion de ideas! Continuatamente se presenta en este Ensayo la inclinacion á la sátira, y en todos estos pasajes se advierte que solo haciendo grandes esfuerzos sobre mí mismo, es como consigo apagar esa inclinacion al desden y á la ironía.

Por lo demás, tambien se echa de ver que ya empezaba á escribir menos mal. Con relacion al arte, el Ensayo va á ponerse á nivel de mis obras ulteriores: sin embargo, aun presentará algunos idiotismos y algo de arrebatado y declamatorio.

(1) Para evitar notas, advierto que en cuanto voy á decir, sigo exactamente el libro VIII de Tucídides.

(2) Hubo una tregua que debía haber durado cincuenta años; pero que se rompió á los seis años y diez meses.